

Carlos Fuentes: el tiempo y sus misterios*

Sergio Pitol

Para que una novela sea a la vez una obra de arte, su autor debe saber que no podrá limitarse a un único sentido, y, por eso, no deberá tender a una conclusión definitiva... A medida que la historia se aproxime al arte adquirirá un amplio halo simbólico... Todas las grandes obras de la literatura han sido simbólicas, y de ese modo, han ganado en complejidad, poder, profundidad y belleza.

Palabras de un autor excepcionalmente dotado para hablar de la novela: Joseph Conrad.

En la precisa organización con que Carlos Fuentes ha dispuesto la edición total de su obra narrativa, una arquitectura ideada para integrar todos los mundos que forman su mundo, donde las fábulas e historias que ha creado puedan potenciarse en el lugar y la compañía adecuada, rige una lógica de distribución temática, pero también la marca poderosa de un destino, la presencia de una voluntad, una manera propia de concebir el mundo, de volver a recrear los atributos y manías de la comedia humana, de representar la utopía vislumbrada en los diarios de Colón. Ese registro abarca desde su primer libro de cuentos, hasta un futuro donde se enlistan los títulos de algunas obras en proceso y otras aún apenas bosquejadas, que lleva un título abierto a uno y a todos los significados: *La edad del Tiempo*.

El tiempo y sus misterios, lo vemos con claridad ya a estas alturas de su obra, ha sido el tema fundamental de Carlos Fuentes.

Su primera novela, *La región más transparente*, publicada a los veintiocho años, en 1957, fue una revelación. Su recepción se convirtió en una versión mexicana de la batalla por *Hernani*. Una lucha entre lo nuevo y lo viejo. Se trataba de un modo diferente de concebir el lenguaje, y daba un saldo definitivo de las ahogadas historias rurales a la atmósfera caótica, cultivada, agresiva e inmensamente estimulante de una gran ciudad

*Título de la Redacción

en pleno dinamismo. El personaje, se ha dicho hasta la saciedad, es la ciudad misma. México, Distrito Federal, la capital del mundo, la urbe de pronto derramada hacia los valles, lagos y montañas que la circundan, un personaje múltiple, ubicuo, poseedor de todas las pulsiones, donde cada latido se comunica con una infinita cadena de latidos y la respiración deja de ser individual para convertirse en gregaria. Los procedimientos narrativos presentes en el libro nos remiten a las grandes novelas europeas y norteamericanas del siglo XX. A su lado, y al menos por un tiempo, hasta las novelas de Martín Luis Guzmán y José Revueltas parecieron disminuirse, parcelas urbanas más próximas a la narrativa del siglo anterior que a la radiante modernidad que encarnaba el nuevo autor.

La apertura a lo nuevo y a lo universal la constituyeron *Pedro Páramo* de Juan Rulfo y *La región más transparente* de Carlos Fuentes. Ambas significaron una transformación del lenguaje narrativo en México, con aportaciones de James Joyce, William Faulkner, Virginia Woolf, Marcel Proust, Knut Hamsun, Thomas Mann y D. H. Lawrence, entre los modernos, con un fuerte respaldo de algunos grandes decimonónicos: Balzac, desde luego, Stendhal y Flaubert, Dickens, Tolstoi, Dostoievski.

Es significativo que aquellos dos nuevos autores se alimentaran de tan amplio registro internacional para crear historias intensamente nacionales: la vida y la muerte de un cacique campesino de Jalisco con la consiguiente desolación de la región que había dominado, en el caso de Rulfo; y la movilidad de todos los estratos sociales que componían la ciudad de México, ese palimpsesto inescrutable para los foráneos, la gran Tenochtitlan que vio expirar Bernal Díaz del Castillo, la capital de la Nueva España conocida en las postrimerías de la Colonia por el barón de Humboldt, quien acuñó, para llamarla, una expresión: *la ciudad de los palacios*, hasta la trepidante, bellísima, laberíntica urbe, enclavada como por arte de magia en aquella región del altiplano desde donde Alfonso Reyes, el sabio, saludaba: “Viajero, has llegado a la región más transparente del aire”, la que conocimos nosotros, los jóvenes de hace cincuenta años, cuando Fuentes comenzó a destilarla con enfebrecida alquimia hasta incorporarla a las páginas de su primera novela.

Los temas, las obsesiones, el fervor del autor, se plasman en aquella novela, aunque la semilla inicial se encuentre en un libro anterior de cuentos, *Los días enmascarados*. Allí, apenas salido de la adolescencia, esbozó la existencia del sustrato prehispánico en el entorno de nuestra vida cotidiana y también los rostros de figuras histórico-novelescas, como la antigua emperatriz destronada y demente. Eran ecos de derrotas pasadas incrustados en pesadillas atroces, en reencarnaciones vampíricas.

La historia en todos sus espacios y raíces: lo prehispánico, lo ibérico con sus varios sustratos: romano, celta, árabe, judío, visigodo, la gravedad que ejercen en nuestra vida, nuestras realizaciones, nuestros sueños, todo lo que se pueda imaginar de lo público a lo más secreto; la permanente digresión sobre una identidad que en el largo proceso de la escritura se transmuta a veces en ambigüedad, otras en afirmación. Una cadena de hechos cuyo carácter afirmativo el tiempo adelgaza, diluye con agua, desocializa.

Recorridas las muchas estaciones y conocidos sus puntos de reposo, visitados los espacios a los que el autor nos invita, quedamos sorprendidos por la multiplicidad de imágenes que él convoca. Para empezar, contemplamos inmensos frisos, donde los tiempos se entreveran, observamos centenares de rostros y de gestos, de detalles mínimos que nos revelan la violencia, el heroísmo o los desastres del pasado y nuestra siempre frágil posición a mitad del tiempo. Como el Próspero de *La tempestad*, el novelista Fuentes se ha tomado de antemano la libertad para reinventar la historia. “El novelista extiende los límites de lo real creando más realidad con la imaginación, dándonos a entender que no hay más realidad humana si no la crea también la imaginación humana”, ha escrito en *La geografía de la novela*. Las mitologías son absolutamente imprescindibles en su obra. “En México nada funciona”, dice, “sin la fachada del mito”.

En 1965, poco después de terminar *Cambio de piel*, participó en el Palacio de Bellas Artes, en un ciclo de narradores ante el público, y allí esbozó algunos principios de su *ars poetica*. “Creo”, dijo, “en la literatura y en el arte que se oponen a la realidad, la agreden, la transforman, y al hacerlo la revelan y afirman”.

Algunos no lo comprenden o fingen no hacerlo. Le exigen una inmovilidad que no le pertenece. Quieren encajonar sus obras en compartimentos cerrados. Para él, la realidad lo es todo, pero su concepción de realidad es más rica que la de la mayoría de los escritores. La realidad “común” entra en crisis cada vez que una corriente secreta la penetra, serpentea en su interior y revela un enigma fantástico, delirante o agónico. El mundo en sí, todo él, es fantástico. Y lo que propone, lo fantástico, es también la realidad. Pasa por tesituras disímiles: *Artemio Cruz* o *Una familia lejana*; *Aura* o *Las buenas conciencias*; *Cambio de piel* o *Terra Nostra*; hasta *Los años con Laura Díaz*, la *summa* absoluta de todos los atributos de esta ya amplísima obra narrativa.

En la literatura de Fuentes coinciden en una misma instancia elementos radicalmente opuestos, que conforman, como en los cuadros de Goya, una imagen única. Ahí, la lucidez y el delirio, la vigilia y el sueño, lo

sagrado y lo profano, la sabiduría y la torpeza, forman una imagen unitaria donde —¡y ése es el milagro!— los integrantes no se reconcilian. Es un mundo donde todo está en todo. Y donde el oxímoron reina. Esa es la figura con la que el autor mejor se mueve. Baste recordar ciertos pasajes de *Terra Nostra* para entrar de lleno en el claroscuro y el espeluzno tremendo de Goya.

Dice Julio Ortega:

En Carlos Fuentes el placer de contar una historia excepcional se desdobra en una indagación de la naturaleza misma de la fábula, y se pone así en suspenso la representación... Carlos Fuentes se complace en diversificar esa trama argumentativa, haciéndonos leer y desleer.

A medida que avanza la obra de Fuentes, el lector comienza a intuir, y luego a afirmar, que en ella lo esencial reside en su manejo del tiempo. Si el tiempo es algo: es movimiento. Convertido en palabra, el tiempo se convierte en la mejor defensa contra las feroces embestidas de la banalidad cotidiana. Desde hace muchos años Fuentes ha sido constante lector de Giovanni Batista Vico, un lector seducido por su concepto del presente continuo.

Los años de Laura Díaz son sobre todo una experiencia y un homenaje al tiempo. Los *Cuatro cuartetos* de T. S. Eliot podrían leerse como una glosa o guía de la novela. El primer poema se inicia así: “El tiempo presente y el tiempo pasado/ acaso estén presentes en el tiempo futuro/ y tal vez al futuro le contiene el pasado”. Más adelante leemos: “El tiempo pasado y el tiempo futuro/ lo que pudo haber sido y lo que ha sido/ tienden a un solo fin, presente siempre”. Y aún más, al final: “Lo que llamamos el principio es a menudo el fin/ y llegar al final es llegar al comienzo”.

La historia de la protagonista cubre un siglo, abarca a sus abuelos, sus padres, su hermano, sus hermanas, su nieto, su bisnieto, a su marido y a los varios hombres que intervinieron en su vida; incluye muchas fábulas donde el tiempo aparece y desaparece y donde todos los tiempos son un mismo tiempo; llegar al fin es llegar al comienzo.

Dice Carlos Fuentes:

El tiempo es como un huracán que nos llega del futuro. No queremos admitirlo, porque en el futuro nos espera nuestra muerte. Preferimos privilegiar al pasado y convertirlo en tiempo domesticado, y, a veces, en tiempo olvidado.

Creemos que no existe sino el presente. Pero, ¿hay presente vivo con pasado muerto? Mas cuando todo se conjunta y se resuelve, abrimos los ojos y vemos al tiempo acercarse desde el futuro, porque allí espera el siguiente amor, el siguiente libro, el siguiente amigo, que son quienes —si nos recuerdan y nos aman— nos darán al cabo nuestro tiempo.